

apareció el cura flaco, sumido de carnes, encorvado, canoso, de ojos azules muy apagados, vestido con una sotanuela color de ala de mosca, pero limpia. Gabriel se descubrió, se adelantó, y antes de saludarle inclinóse y le estampó un gran beso en la mano.

XXXIII

PARA hablar á su gusto y sin temor de que ningún oído indiscreto sorprendiese la conversación, se encerraron en el dormitorio del cura, que parecía celda. Como no había más que una silla, Gabriel se sentó en el poyo de la ventana. Y charló, charló, desahogando su corazón y aliviando su cabeza con el relato circunstanciado de toda la tragedia ocurrida en la casa señorial. El cura le oía sin levantar los ojos del suelo, con las manos puestas en las rodillas, cogiéndose á veces la barba como para reflexionar, y á veces moviendo los labios lo mismo que si hablase, pero sin pronunciar palabra ninguna. De tiempo en tiempo carraspeaba para afianzar la voz, costumbre de todos los que han ejercitado el confesonario, y hacía una pregunta, contrayendo la boca al decir las cosas graves. Gabriel respondía clara, explícita, llanamente: jamás recordaba haber tenido tanta satisfacción y tan provechoso desahogo en confiarse y desnudar el alma.

—¿Y dice V.—interrogó el cura—que ese desdichado está ya bien lejos de aquí? La separación es lo primero que importa.

—Sí, padre. Yo le proporcioné dinero; yo le consolé lo mejor que supe; yo le acompañé hasta la diligencia, y le di carta para una persona de Madrid que inmediatamente que llegue le colocará de dependiente en una tienda. Le conviene trabajar, para que se le quiten de la cabeza las cavilaciones. Y no tenga V. miedo, que no le dejaré de la mano. Me considero obligado á eso, ¡y además me ha dado tanta lástima! Le aseguro á V. que iba cobrándole cariño.

—¿Y V.... no sospecha con qué objeto quiere verme la señorita Manuela?

—Quiere confesarse, ó cosa semejante; quiere... ¿Qué ha de querer la pobrecilla? Imagine-se V.... Consejo, luz; ¡que la ayuden á salir del pozo en que se cayó hace cuatro días! El mal ha cedido; bien lo decía el médico de Cebre, que el daño físico era poca cosa y fácilmente se vencería. Ya no hay convulsiones, ni querer batir con la cabeza contra la pared, ni aquello de llamar á gritos á Perucho y acusarse en voz alta de los más horribles delitos... Figúrese V. que hasta dijo que ella había matado á su madre. Así es que la tuvimos secuestrada, sin permitir que en el cuarto entrase nadie... ¡y ojalá hubiésemos empezado por ahí, desde que Perucho se marchó! Entonces no la hubiesen contado... ¿No le parece á V. una fatalidad que supiese el parentesco que la une á aquel infeliz? Han cargado su conciencia de negras sombras;

la han torturado con remordimientos que pudieron ahorrársele del todo... ¡la han colocado á dos dedos de la locura!

—Me parece que no está V. en lo cierto, señor Don Gabriel—respondió lentamente el cura de Ulloa.—Si la niña ignorase que hay entre ella y el hijo de Sabel un obstáculo eterno é invencible, le seguiría amando y no veríamos nunca extinguida la pasión incestuosa. Estas desgracias tan terribles provienen cabalmente de no haberla abierto los ojos á tiempo: ¡tremenda responsabilidad para los que estaban obligados á velar por ella! Dios se lo perdone en su infinita misericordia.

—Me coge de lleno esa responsabilidad, padre. Yo debí venir antes á conocer á la hija de mi pobre hermana, á saber cómo vivía, cómo la educaban. Nada de eso hice, y será un remordimiento que me ha de durar tanto como la vida. Y V., V. que es un santo...

—Señor de Pardo, no me abochorne. Soy el último y el más miserable pecador.

—Bien, pues V.... ¡que es un malvado!—exclamó sonriendo cariñosamente el artillero.—¿No tuvo ocasión de insinuarle... no se confesaba la niña con V.?

—Algún año por el Precepto... Confesiones á escape, en que no es posible echarle la sonda á un alma y ver lo que tiene dentro. Todo lo han descuidado en esa pobrecita, hasta los deberes religiosos, y si hay en ella bondad y honradez...

—¡Ya lo creo que las hay!...—protestó Gabriel con viveza.

—Será por virtud natural y por misericordia de Dios... Nada la han enseñado; la han dejado vivir entregada á sí misma, por montes y breñas como los salvajes. Ha caído muy hondo; pero, ¿cómo no había de caer? ¡Al borde del abismo la empujaban!

—¿Cómo es que no la veía V. más á menudo? ¿V. que tanto quiso á su madre?

La fisonomía del cura se animó y alteró un tanto. Gabriel le había observado desde un principio, y notado que el cura de Ulloa, ahora como en la primer entrevista, parecía sobre las facciones una máscara, una especie de barniz de impasibilidad, austeridad y desasimiento, que le daba gran semejanza con algunas pinturas de santos contemplativos que andan por las sacristías. La expresión se había recogido al interior, por decirlo así; los ojos, muy sumidos bajo el convexo párpado, miraban positivamente para adentro. Eran sus trazas como de hombre que huye de la vida de relación y se concentra en su pensamiento, procurando envolverse en una especie de mística indiferencia por las cosas exteriores, que no es egoísmo porque no impide la continua disposición del ánimo al bien, sino que parece coraza que protege á un corazón excesivamente blando contra roces y heridas. La forma cristiana de la impasibilidad estoica. Pero ante la directa pregunta de Gabriel, quebrantóse la tranquilidad del cura: un leve matiz rojo le tiñó las mejillas, y brillaron sus apagados ojos. No debía de ser tan flemático, en el fondo, el bueno del abad.

—No, señor—pronunció más aprisa y en tono algo agitado.—Le hablaré á V. con franqueza absoluta, por ser V. quien es y por el caso extraordinario en que estamos... Hace muchos años que yo no frecuento la casa de los Pazos, en que tuve la honra de ser capellán, parte por el carácter de su señor hermano político de V. (todos tenemos nuestros defectos, nuestras rarezas), parte porque me traían aquellas paredes recuerdos... bastante tristes. De esto no necesitamos hablar más. Respecto á la niña, mire V.... Cuando era pequeñita, puede decirse que recién nacida, le tenía yo cobrado un cariño... un cariño ¡que no sé! Muy grande podrá ser el amor de los padres para sus hijos, pero lo que es el que yo tenía al angelito de Dios, es una cosa que no se puede explicar con palabras. Como luego me fuí de aquí y tardé bastante tiempo en volver (hasta que me presentaron para este curato), pude meditar y considerar las cosas de otro modo, con más calma; y entonces evité ver mucho á la niña, por no poner el corazón en cosas del mundo y en las criaturas, que de ahí vienen amarguras sin cuento y tribulaciones muy grandes del espíritu... El que se casa, bien está y justo es que quiera á sus hijos sobre todas las cosas, después de Dios; pero el sacerdote, y en especial el párroco, ha de ser padre de todas sus ovejas, pues tal es su oficio... y no amar mucho en particular á nadie, para poder amar á todos, y amarlos, no en sí, sino en Cristo, que es el modo derecho. Así he creído que debía obrar, señor de Pardo... En cuanto al motivo,

no pienso haber errado; pero, á poder prever los acontecimientos y el peligro de la niña, debí proceder de otro modo. Yo, que estaba cerca, soy muchísimo más delincuente y reo de descuido que V., que estaba lejísimos, y no podía razonablemente suponer que corriese Manuela ningún riesgo teniendo al lado á su padre.

—Pues ahora—exclamó Gabriel—se me figura que nada remediamos con andar volviendo la vista atrás y lamentar lo ocurrido. El lance es espantoso; á hacerle cara, y á reparar en lo posible (hablo por mí) el delito de que somos reos. Yo tengo aquí en esta mano la reparación. Lo que necesita ahora mi sobrina es rehabilitarse á sus propios ojos, es volver á estimarse á sí misma, es reconciliarse con su propia conciencia. Es muy joven, muy inexperta, muy sencilla, ya por efecto de su carácter, ya de sus hábitos, y cree haber cometido uno de esos crímenes horribles que la hacen acreedora á que caiga sobre su cabeza el fuego del cielo, que abrasó á los habitantes de las cinco ciudades aquellas... ¡Cuando no se ha vivido, señor cura, no es posible tener idea exacta de la magnitud y trascendencia de nuestros actos, ni del grado de responsabilidad que nos toca en ellos; así es que la pobre chica no le quiero á V. decir ni cómo se trata á sí misma, ni las cosas que se llama, ni las culpas que se echa, ni las atrocidades que ensarta sobre el tema de que se quiere morir, de que no estará tranquila hasta que le canten el responso, y otras mil cosas análogas! Desde que ha pasado el acceso nervioso,

permanece calladita y vuelta de cara á la pared, y sólo se le saca de cuando en cuando un—¡Ay, Jesús... ay, Jesús... yo me quiero confesar!...—pero, en resumidas cuentas, el estado de ánimo entonces y ahora es el mismo, y aquí no hay más que una solución: tranquilizar, calmar, restaurar ese espíritu. Yo lo he intentado por todos los medios; pero á mí no me oye ni me atiende, mientras que á V. le llama... Su sagra-do prestigio de V. lo puede todo en esta ocasión.

—Cuanto de mí dependa...

—Y de mí; ¿no ha entendido V. aún? Lo diré más claro. Hágale V. comprender que nada ha perdido, que no está ni infamada ni maldita, una vez que su tío, persona decente por los cuatro costados, la pide por mujer, la quiere con todo su corazón, y está dispuesto á ser para ella cuanto le negó la suerte hasta el día: padre, madre, hermano, protector, esposo amantísimo... que con todos estos cariños diferentes la sabré querer yo.

Reinó en la celdita prolongado silencio. El cura recobraba su expresión tranquila; reflexio-naba. Por último, interrogó:

—¿V. se casaría con ella, sin reparar?...

—Sin reparar en lo sucedido.

—¿Y nunca...?

—Y nunca se lo había de traer á la memoria.

—Según eso, ¿está V.... prendado de su sobrina?

—No, señor. Prendado, no, según suele entenderse esa palabra. La quiero; y además pago una deuda.

—No desmiente V. la buena sangre, señor Don Gabriel... *Alguien* le estará á V. dando las gra-cias y pidiendo por V. desde el cielo.

—No—respondió Gabriel levantándose— si aquí quien ha de hacer el milagro es V.... Mi destino y el de Manuela están en sus manos.

—En las de Dios—respondió fervorosamente el cura de Ulloa. Dicho esto, se levantó, volvió la vista hacia una detestable litografía del Co-razón de Jesús, que tenía colgada á la cabecera de la cama, y movió los labios aprisa; aquello sí era rezar.

XXXIV

A tiempo que el párroco de Ulloa cruzaba, sereno en apariencia, aquellos salones tan poblados para él de memorias y de diabólicas insidias y asechanzas contra su reposo, Juncal salía del cuarto de la enferma. A la pregunta ansiosa de Gabriel, el médico dió respuesta su-mamente satisfactoria:

—Mejor, mucho mejor... Se ha comido la pa-tita de la gallina, toda entera... Se bebió un vaso de tostado...

—¿Por su voluntad?

—No; tuve que rogarle mucho, pero después se veía que lo despachaba sin repugnancia. A esa edad, la naturaleza ayuda... Señor abadi ¡felicel!

—Igualmente, Don Máximo... ¿De manera que no hay inconveniente en entrar junto á ella?

—Al contrario... tiene afán por verle á V.

—Pues señores... hasta luego.

Así que el cura desapareció tras la puerta del cuarto, Juncal enganchó el brazo derecho en el del comandante, y le llevó hacia el claustro, diciendo afectuosamente:

—Véngase, véngase á tomar un poco el aire... V. va á salir de esta batalla con una enfermedad. Duerme y come tan poco como la enferma, y eso no puede ser... A ella la sostuvo hasta hoy la excitación nerviosa; V. está en diferente caso.

—¡Bah!... ¿Cómo sigue Don Pedro? No voy allá porque se pone hecho un lobo cuando me ve... ¡La manía de que yo he venido á traer la desgracia á esta casa!

—Mire, seguir no sigue peor; mañana ó pasado se levantará, y parecerá muy fuerte; pero... confieso que me ha dado un chasco. Físicamente (consiste en la diferencia de edades) le ha hecho la cosa más eco que á la muchacha... Ha sido un golpe terrible. Y que nada; que no se acostumbra á que el chico se haya marchado. Hasta los jabalíes del monte quieren á sus cachorros; esto lo prueba.

—Bonita anda esta casa. Dígole á V., Don Máximo, que arde en un candil. No hablemos de Manuela; pero entre Don Pedro que aulla, y las gentes de abajo, que me arman cada gazapera y cada red... Porque ahora sus baterías se dirigen á que Don Pedro reconozca... Piensan que va á liárselas, y... á lo que estamos, tuerta.

—Bueno es que V. se impuso desde el primer instante... Sino, ¿quién pararía aquí?

—Me impuse; no quiero que molesten á un enfermo; pero lo del reconocimiento lo considero muy justo. Si ese cernícalo me quisiese oír, se lo aconsejaría. ¡Cuántos daños se hubiesen evitado con hacerlo al tiempo debido!

Juncal inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y los dos amigos siguieron paseando por el claustro, ó mejor dicho, por la solana, sostenida en pilastras de piedra con el escudo de Moscoso, que formaba el cuerpo superior del claustro. El liquen, á la luz del sol, estriaba de oro el granito; y bajo los aleros del tejado se oía el pitío alborotador de las golondrinas, que, desmintiendo la popular creencia de que sólo anidan en casas donde reinan paz y ventura, entraban y salían en sus nidos con vuelo airoso.

—Don Gabriel, V. está alterado—exclamó el médico, notando la irregularidad del andar y los movimientos del comandante. Todo el cuerpo de Gabriel, en efecto, vibraba como una caldera de vapor á tensión muy alta.—¿No se lo dije, que acabaría V. por ponerse más malo que su sobrina?

—No es eso, no es eso...—exclamó con vehemencia el comandante, soltando el brazo de su amigo y reclinándose en una de las pilastras.—Es... que ahora, en este mismo instante, se decide el destino de mi vida y el de Manuela. El cura de Ulloa lleva un encargo mío...

—¡Mi madre querida!—exclamó con cómico

terror Juncal, agarrándose con las manos la cabeza.—¡Ha puesto V. su destino en manos de un clericeronte! ¡Estamos frescos! Ay, Don Gabriel, de aquí va á salir una *falcatrúa*... Verá, verá, verá.

—¡Hombre!—repuso Gabriel, sin poder evitar la risa.—Yo pensé que hacía V. una excepción honrosísima en favor del cura de Ulloa.

—Entendámonos, entendámonos... Hasta cierto punto nada más. ¡El clérigo siempre es clérigo! Donde él pone la mano, todo lo deja llevado de Judas. ¿V. piensa que á mí me hizo gracia el que la chica llamase por él y quisiera verlo á toda costa? ¡Mal síntoma, síntoma funesto! Yo á sanarla, y el clérigo... ¡ya lo verá V.!, á enfermarla otra vez, y de más cuidado que la primera. Mucho será que hoy no tengamos la convulsión y la llorerita... ¡Mecachis en los que vienen ahí á alborotar á la gente!

—Vamos, Máximo; tolerancia, tolerancia... ¿De modo que si V. pudiese, al cura de Ulloa me le metía en el buque con los demás, y con los demás me le enviaba á tierra de salvajes?

—¡Pues claro, señor! ¿No hace falta un apóstol para convertir á los infieles? Pues así habría un apóstol entre muchos pillos... Y nos quedaríamos libres por acá de apóstoles, porque nosotros ya estamos convertidos hace rato.

En tomando la ampolleta Juncal sobre esta cuestión, no era fácil atajarle; y como Gabriel se reía á veces de sus extravagantes dichos, el médico sacaba todo su repertorio. Mientras el comandante apuraba el cigarro, el médico refe-

ría la vida y milagros de todos los abades del contorno, más ó menos recargada de arabescos y viñetas.

—El de Boán... á ese ya le habían despachado por bueno: le atacaron veinte facinerosos en su casa, y les probó que servía mejor que ellos para el oficio: si se descuidan, me los escabecha á todos... Mire qué mansedumbre evangélica. El de Naya no me la da á mí con su carita complaciente: debe de ser un pillo redomado: más amigo de diversión y gaudeamus... Si le estuviesen dando la consagración de obispo y oyese que al lado se iban á disparar unos cohetes y á hinchar un globo, tira la mitra y echa mano al tizón... El arcipreste de Loiro... dicen que se come él solo un capón cebado, y que le chorrea la grasa de la enjundia por el queso abajo, hasta el ombligo... ¡Pues no digo nada del nuevo que nos han mandado á Cebre! Más bruto no lo hace Dios aunque se empeñe... y tiene pretensiones de orador sagrado, porque en Santiago le dieron una faena de cavador: en un mismo día predicó por la mañana el sermón del Encuentro, al aire libre, y por la tarde el de la Agonía: total, cuatro horas de echar el pulmón y de hacer chacota de él los estudiantes. Y lo más célebre fué que en el sermón del Encuentro llevaba una pelliz, eso sí, muy planchada y muy rizada; y cuando para enternecer al público hizo ademán de abrazar á la Virgen para consolarla de la ausencia de su hijo, los estudiantes gritaban: "¡Ay mi pelliz!" Así que se enteró el Arzobispo, dicen que le pasó recado

de que no predicase más... Aquí, cuando echa la plática, aturde la iglesia... Según dicen; que yo, ya imaginaré V. que no asisto á semejante iniquidad... V. está distraído, vamos; no le cuento á V. más cuentos de esa gente.

—No, cuente V.; así entretengo un poco la ansiedad inevitable. Porque sepa V. que á mí, lo único que me saca de quicio y me desata los nervios, es la expectación y la incertidumbre. Para las desgracias verdaderas, para los males ya conocidos, creo que no me falta resistencia, y eso que no la doy de estoico.

Siguió Juncal refiriendo cuentos de curas; pero como todo se agota, la conversación iba languideciendo mucho. Gabriel, de cuando en cuando, entraba en el salón, recorría dos ó tres habitaciones, y salía siempre diciendo:—Nada... nada... ¡La cosa va larga!

—Ya verá V.—respondía Juncal—cómo el bueno del cura le mete escrúpulos en la cabeza á la señorita.

XXXV

QUEDA muy sosegada, y en un estado de ánimo bastante bueno. Mañana, Dios mediante, recibirá al Señor—respondió el cura de Ulloa, fijando los ojos en un nudo de la madera del piso, pues aquella habitación de Gabriel Pardo

era *la misma*, la de su hermana, y tender la vista alrededor una prueba muy fuerte para el espíritu del párroco.

—Y...

—Todo se lo he expuesto y se lo he manifestado de la mejor manera posible, y apoyándolo con cuantas razones me sugirió mi pobre inteligencia. Le he dicho que V. le dispensaba una honra y le daba una prueba de afecto grandísima, elevándola al puesto de esposa suya, después de que...

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Gabriel tristemente.—Si se lo ha presentado V. como un favor, de fijo que se ha resentido su orgullo... y por altivez, por delicadeza, habrá sido capaz de negarse...

—No, señor; no...

—¿Ha dicho que sí? ¿Ha dicho que sí?—preguntó Gabriel afanosamente.

—Se ha negado...

—¡Ya!

—Pero por otras causas, que V. y yo estamos en el caso de respetar.

—¿Otras causas?

—Manuela se encuentra sinceramente arrepentida... La desventura, el golpe que ha recibido le han abierto mucho los ojos del alma. No desea más que expiar y llorar su culpa...

—¡Su culpa!—exclamó Gabriel, con acento de protesta.—¡Su culpa, pobre criatura abandonada, sin consejo, sin cariño de nadie! ¡Don Julián, Don Julián! Ocasiones hay en que yo me condeno á mí mismo por mi detestable pro-

pensión á la indulgencia; porque creo que se me han roto todos los resortes morales; pero ahora... ¡quisiera tener en esta mano todo el perdón y todo el amor del mundo... para derramarlo sobre la cabeza de mi sobrina! ¡Ella es inocente... otros, otros somos los culpables!

—Otros—replicó con mansa firmeza el cura—son acaso más culpables que ella; pero ella tampoco es inocente, señor de Pardo. Ella lo comprende y lo reconoce, y desea, así que su padre se ponga bueno, retirarse á un convento de Santiago.

—¡Monja!—exclamó Pardo.—Monja... ¡Quiere ser monja!

—Por ahora, no señor. La vocación no viene en un día, y yo siempre le daría el consejo de que desconfiase de una vocación repentina, dictada por sinsabores ó desengaños del mundo. Lo que Manuela quiere es retiro y descanso que le cure las heridas y sitio donde hacer penitencia de su pecado. Yo le he hablado de bodas, de esposo y de alegría; me ha respondido con celda y llanto. En mí no estaba desviarla de ese propósito, desde que me lo manifestó. No me lo permitía mi oficio á aquella cabecera.

Gabriel se acercó al cura de Ulloa, y tomándole con agitación las manos:

—Sí, padre—exclamó;—sí, sí, V. es el único que podía apartarla de ese triste cautiverio en que va á caer voluntariamente... Entrará allí ahora, porque cree, porque piensa que se le ha acabado el mundo y que ha delinquido atrocemente; porque tiene vergüenza y dolor, porque

no sabe lo que le pasa... Después de entrar allí, o que sucede; ya no se atreverá á salir, y se creará en el compromiso de tomar el hábito, y lo tomará, y sufrirá, y vivirá mártir, y acaso morirá desesperada... Don Julián, ¡V. que tanto ha querido á su madre!...

Pardo sintió temblar en la suya la mano del cura de Ulloa, y creyó que el argumento había hecho fuerza. En efecto; el cura se levantó, y como si despertase de un sueño, abrió sus ojos siempre entornados y los paseó por los muebles, por la habitación, los clavó en la ventana. Y con expresión de angustia, con acento hondo y muy distinto de la voz sorda y tranquila que tenía siempre, gritó:

—¡Ojalá que la madre hubiese entrado en el convento también! Dios llama á la hija... ¡Que vaya! ¡Que vaya! ¡Virgen Santísima, ampárala, recíbela, sostenla, quítala del mundo!

Por primera vez sintió el comandante un impulso de ira contra aquel hombre que poseía á sus ojos la aureola y el prestigio del santo, ó—para emplear con más exactitud el lenguaje interno de Gabriel—del hombre honrado que ajusta á sus convicciones su vida, y no tiene para sus semejantes sino ternura y caridad. Rebotando enojo, le apostrofó rudamente:

—¡Don Julián, permítame V. que le diga que eso es un enorme desacierto! Manuela puede ser en el mundo feliz, buena y honrada... y es un horror que vaya á sacrificarse, á enterrarse y á consumirse entre cuatro paredes, sin chispa de devoción ni de humor para ello... ¿por qué?

¡Por una desdicha que ha tenido, por una falta que todo disculpa, cuyo alcance ella no ha podido comprender, y cuya raíz y origen están, al fin y al cabo, en lo más sagrado y respetable que existe... en la naturaleza!

—Señor de Pardo—respondió el cura, que ya había recobrado su apacibilidad de costumbre —lo que la naturaleza yerra, lo enmienda la gracia; y el advenimiento de Cristo y los méritos de su sangre preciosa fueron cabalmente para eso; para remediar la falta de nuestros primeros padres y sanar á la naturaleza enferma. La ley de naturaleza, aislada, sola, invóquenla las bestias: nosotros invocamos otra más alta... Para eso somos hombres, hijos de Dios y redimidos por él. Dejemos esto; yo desearía que V. no se quedase con el recelo de que he influido directamente en el ánimo de la señorita. Vaya V. á verla, pregúntela, instela... haga V. su oficio, que la Virgen Santísima no ha de descuidarse en hacer el suyo... Yo me vuelvo á mi casa, si no tiene V. nada que mandar á este humilde servidor y capellán.

—Voy á ver á mi sobrina ahora mismo—respondió Gabriel, retando al cura con su decisión y su cólera.

XXXVI

ENTRÓ medio á tientas, porque el cuarto estaba casi á obscuras, á causa de que la jaqueca de la niña no la consentía ver luz. No tardaron, sin embargo, las pupilas de Gabriel en acostumbrarse á aquella penumbra lo bastante para distinguir, en el fondo del cuarto, la blancura de las sábanas y la cabeza de Manuela sobre el marco de su negrísimo pelo. Al acercarse el comandante, levantóse Juncal y se retiró discretamente. La montañesa yacía inmóvil, con los ojos cerrados, y de la cama se alzaba ese olor especial que los enfermeros llaman *olor á calentura*, y que se nota por más ligera que sea la fiebre.

A la cabecera de la cama estaba vacante la silla que el médico había dejado; pero Gabriel la separó, é hincando una rodilla en tierra, puso la mano derecha sobre el embozo de la sábana.

—Manuela—cuchicheó.

La enferma abrió los ojos, sin responder.

—¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien... algo cansada.

—¿Te incomoda?

—No señor... Siéntese, por Dios.

—Quiero estar así. ¿Me das la mano?

Sacó Manuela su mano morena, ardiente, abrasada, y la entregó como se la pedían. Ga-

briel la tomó y la rozó suavemente con los labios. La niña hizo un movimiento para retirarla. Gabriel silabeó en tono suplicante:

—No, hija mía, déjamela... Oye, Manuela... ¿Te molesta oír hablar?

—Bajito, no.

—¿Y podrás responderme?

Inclinó la cabeza, diciendo que sí.

—Manuela... ¿Te ha dicho algo de mí el señor cura?

—Ya sé los favores que le merezco—articuló la montañesa.

—Ninguno. Ese es el error. ¡Favor! No disparates. Mira en qué postura estoy. Pues figúrate que en esa misma te lo pedía, ¿entiendes? Como favor para mí, para mí. Vivo muy solo en el mundo; no tengo á nadie, á nadie; y me hacías falta, y me darías la vida. Pero ya no se trata de eso. De otra cosa más pequeñita y más fácil. Anda, monina, no me lo niegues. ¿Verdad que no? Si es facilísimo; si no te cuesta trabajo ninguno. Que no pienses en rejas ni en conventos; ¡mira qué poco, y qué sencillo! Te quedas aquí, al lado de tu padre. Yo también me quedo. Si estás triste, te acompaño; si enferma, te cuido; verás cómo discurrimos maneras de distraerte. Y de aquello que te pedí primero, no se habla nada... nada. Te lo juro por la memoria de tu pobre mamá: ¿á que así me crees?

Manuela no abrió los labios. Con el balanceo suave de su cabecita pálida y porfiada, daba el *no* más redondo del mundo.

—¿No quieres? ¿Que no? ¿Qué te diré, qué te

haré para convencerte y traerte á buenas? Terquita de mi alma... ¡pobrecita! respóndeme con la boca, dime... ¿qué hago, cómo te conquisto? ¡Pídeme tú algo... muy grande... muy atroz! Verás cómo soy mejor que tú, cómo te doy gusto... Te me has vuelto muy mala.

Los lánguidos ojos de la montañesa resplandecieron un instante, entre el obscuro cerco que los rodeaba; alzó un poco la cabeza; apretó la mano de su tío, y dejó salir con afán:

—¿De veras hará lo que yo le pida?

—Oro molido que fuese, monina... Di, di.

—¿Me da palabra?

—De honor, de caballero, de todo lo que exijas. ¿Qué es ello? Salga.

—Que se vaya por Dios, que se vaya á Madrid corriendo... antes que aquel que está allí solito... ¡y desesperado! se desespere de vez, y... y...—No pudo proseguir: las lágrimas, de pronto, le nublaron las pupilas y le trabaron la voz en la garganta.

Aquel que ve el interior de los corazones, sabe que Gabriel Pardo recibió el golpe como honrado y valiente, presentando el pecho y con animoso espíritu. Allá en el fondo, muy en el fondo de su conciencia, se alzó una voz que gritaba:

—Cura de Ulloa, ni tú ni yo... tú un iluso y yo un necio. Quien nos vence á los dos, es... el rey... ¡No, el tirano del mundo!

—Así se hará, hija mía—dijo en alta voz.—¿Quieres que me marche hoy mismo?

—Pudiendo ser... ¡Dios se lo pague! Atienda.

escuche...—silabeó, acercando tanto su boca al oído de Gabriel, que éste sentía en la mejilla un aliento enfermizo y volcánico.—Haga V. para que no se desconsuele mucho... y dígame que así que yo esté en el convento, él vuelve aquí, y mi padre queda satisfecho, y todos bien, todos bien.

—Adiós—respondió lacónicamente el artillero, que se levantó del suelo, se inclinó sobre la montañesa y la dió un beso á bulto, hacia la sien.

.....
Quiso ir á pié hasta Cebre, y Juncal, por supuesto, se empeñó en acompañarle. En lo alto de la cuesta, donde se domina á vista de pájaro el valle de los Pazos, se volvió, y estuvo buen trecho con los brazos cruzados, la vista clavada en el tejado de la solariega huronera, en el estanque del huerto que destellaba fuego á los últimos rayos del sol, en los lejanos picos y azuladas crestas que servían de corona al valle. Estas contemplaciones paran, y debiera callarse por sabido, en un suspiro muy hondo. Pardo llenó este requisito, y acordándose de todo lo que había venido á buscar allí diez días antes, pensó, con humorística tristeza:

—Otro caballo muerto.

Aquella tarde, el gran ardor de la canícula daba señales de aplacarse ya, y eran preludio y esperanza de frescura, y acaso de agua, las nubes redondas y los finos *rabos de gallo* que salpicaban caprichosamente el cielo. Una brisa fresca, vivaracha, que columpiaba partículas

de humedad, hacía palpar el follaje. A lo lejos chirriaban los carros cargados de miés, y las ranas y los grillos empezaban á elevar su sinfonía vespertina, saludando á la lluvia y al viento antes de que hiciesen su aparición triunfal y refrigerasen la tostada campiña. Todo era vida, vida indiferente, rítmica y serena.

Gabriel Pardo se volvió hacia los Pazos por última vez, y sepultó la mirada en el valle, con unaextraña mezcla de atracción y rencor, mientras pensaba:

—Naturaleza, te llaman madre... Deberían llamarte madrastra.

FIN



